Cuarenta y ocho historias muy cortas

“Los que cuentan mucho, son algo imbéciles” reza un dicho de los Abnir del sur. Se ha interpretado estas palabras de diversos modos, pero actualmente la tradición sostiene que la frase se refiere, a modo de crítica, hacia las personas que se toman muy en serio las razones, progresiones y medidas matemáticas al extremo reduccionista. Y con estas mismas palabras renegaba un hombrecito quejándose de un vuelto inexacto por el servicio de transporte, al tiempo que contaba las monedas y corroboraba que había error de su parte.

Unificar el uso de un ídolo que valga, en abstracto, lo mismo, como lo hace la moneda, no fue hábito sencillo, y representaba la última tendencia de las tribus que sofisticadamente buscaban desarrollar y perseverar en la cultura. Para estos mamíferos habilidosos, el poder contar elementos por unidades y, en paralelo, explotar el poder de la palabra supuso un largo proceso del homínido hasta lo humanoide, y estos individuos podían gozar a plenitud de tales dones y virtudes, aunque de modo más o menos limitado.

No podemos engañarnos por el bello paisaje geográfico que yacía como trasfondo en los reinos que batallaban por el dominio de aquellas tierras, de frondosa exuberancia y salvajismo natural; Al margen de la invasión humana, existía desde hace mucho antes lo silvestre en cuanto a lo vegetal, mineral y animal. En estos tiempos había, de modo feroz, indómito y acechante, el espectro que compone a los individuos de la monstruosa fauna pre-histórica. Debemos notar, en este punto, que no podríamos llamarle de ninguna forma “primitiva” ni mucho menos “primordial”, puesto que estos especímenes eran ya el fruto de una evolución sin medida nuestra posible. La referimos como pre-histórica, por cuanto se refiere a los tiempos en que los insignificantes humanos empezaron a inventar las suya propia e incluyeron relatos, a veces fantaseados, de tales criaturas. En varias muchas otras situaciones, el conocimiento de ciertas bestias y las estrategias para combatirles se perdieron, sea por el tiempo empujándole al olvido o bajo el influjo del fuego de una antorcha inquisitiva.

Había mucho movimiento por esos días, una boda, no era cosa menor, y los caminos se veían asiduamente frecuentados en horas de luz. Por los lugares públicos de descanso, en donde se ofrecía comida y bebida a los viajeros, algunos oradores y charlatanes discurrían a veces sobre diversos temas. Una mujer se postró a escuchar las ideas de un viejo alborotado, pero se levantó saturada por la cascada de frases y harta de la verborrea, exclamando a dura voz “Los que cuentan mucho, son algo imbéciles”.

El orador se detuvo y suspendió su ejercicio retórico con gesto de indignación. Una mueca muy severa se imprimió en todo su rostro. Esperó a que la mujer se retire para continuar con lo que decía, mientras otros la imitaban y otros cuantos reemplazaban los asientos. El anciano de barbas acumuladas exhortaba al público a un desapego de los intereses personales, en virtud del reconocimiento de una fuerza mayor que la personal. Con su puño hacía fuerza apretándolo mientras lo sacudía en el aire. Luego abría la palma de la mano y sostenía con fragilidad cada dedo.

Unidos somos más fuertes, sostenía, y el mundo es de quienes dominan la fuerza. En el puesto de viajeros, unos se iban, otros llegaban. Muchos reposaban y con calma escuchaban al retórico. Era un anciano conocido de cierta hermandad secreta. Nadie nunca esperó que una asesina le salte por la espalda clavándole dos dagas en los hombros.

En el tambo, o puesto de reposo, en donde sucedía todo esto, llamado la aldea de la Serpiente Flameada, además de gente asustada, confundida y desaprobante, estaba un batallón de guerreros del Clan de la Cachiporra Cristalina. En una esquina, bebían un licor de dudosa maceración y ajustaban con paciencia ciertas puntas en sus garrotes de madera. Hablaban en su propio dialecto, pero todos podían entender que venían de cierta mina, en donde aplastaban sus mazas contra ciertos cristales, para obtener el resultado de armas tan letales.

Su líder era Yaargh, el Conchasumadre. Muchos ignoraban la razón por la que había elegido un título tan extraño y singular, pero era bien sabida la historia. Una aldeana que no lo había escuchado preguntaba por escucharla, pero en ese mismo momento ciertas trompetas anunciaban la llegada de un importante sacerdote.

Todos los creyentes, que eran demasiados, se acercaron para ver un cortejo de adoradores llevar a un misterioso ser en una caja con palos, que cargaban a modo de litera. El espacio del “carruaje” era muy reducido y el chamán no se movía. A medida que avanzaban con trompetas por delante del cortejo, detrás venían cuatro filas de doce invocadores fumando de grandes pipas y llenando el ambiente de un humo purificador que era perseguido por los más devotos.

La religión de estos sujetos era muy variada, pero algunos grupos habían impuestos sus ideas de modo más violento que otros. Los adoradores del Ser tenían un precepto muy claro y lo enseñaban así a todos a quienes convertían: su único precepto de fe era el siguiente: “La vida es una mierda”. Lo que cargaban en andas, en realidad, era una momia de su difunto profeta.

Aprovechaban cada palabra lo mejor que podían, porque era relativamente reciente su invención y todos sus ancestros habían invertido denotados esfuerzos en inculcarles algo que les permita articularse con otros para sobrevivir. Esto pudo ser comprobado por uno de los ciegos creyentes, quien, intoxicado, se alejó de la caravana, adentrándose en una floresta en donde fue rápidamente lacerado por felinos misteriosos. Su nombre era Meteler, y no será recordado pues con él muere su linaje. Esto no era incomún, sino que, por el contrario, había mucho prestigio en llevar un nombre de sangre antigua, por lo raro y poco usual de tal evento.

En esa misma línea, a pesar de las guerras y los desencuentros, se había inventado un concepto que a veces podía olvidarse, pero que, sin embargo, en su sofisticación, buscaban exaltar mediante el cultivo de lo que significaban como honor. Era muy elevadamente visto el dominio propio y la virtud moral, sin embargo, del mismo modo era fundamental y presupuesto la determinación de una fuerza bruta incontestable. Una buena mezcla de brutalidad feroz y sofisticación moral. Más inusual que un clan familiar longevo eran las hermandades, que se formaban alrededor de ideales compartidos, pero es ilegal hablar de esto en varias regiones del Abnir, y no podemos excedernos en frases que develen toda la verdad, ya que, recordando la famosa frase de los sureños, “Los que cuentan mucho, son algo imbéciles”, y ciertas tradiciones ven incluidos los secretos y misterios en ese juicio.

Una gran tempestad andante, era, por entonces, la humanidad, dualizada entre dos pulsiones, una de creación, ingenio, arte y amor, pero otro lado abyecto de sombras, destrucción, violencia y placer por la sangre. Entonces, la humanidad se acercaba a una superbestia. Tal era el concepto personal (y que compartía con otros setecientos doce individuos) que tenía el joven que ofrecía un vaso de licor a cambio de las novedosas monedas.

Habiendo juntado cinco de éstas, se las llevó a un anciano con una flauta colgada al pecho. Le pidió, con mucho entusiasmo, que cante el relato de Yaargh, el Conchasumadre, ante lo cual el aeda aceptó. Usando progresiones de cinco notas, introdujo una melodía que acompañó con el golpe de su pie, intercalando ciertos versos en aprovechamiento de la musicalidad que ofrece la rima.

Hay diversas versiones, pero fundamentalmente, en la versión del cantor, la historia era muy oscura, pues relataba los sucesos de un grupo de viajeros que regresaba a su pueblo, que acababa de ser sepultado por un volcán. Uno de ellos, Yuurgh, fue a buscar a una mujer que había embarazado, encontrándola semi petrificada. Por su posición parecía haber protegido a su hijo en el viente y Yuurgh, lamentándose, de un golpe furioso, la abrió en dos, como una concha, descubriendo a su hijo al centro, a salvo, pero muy debilitado. Desde entonces, fue entitulado como el “Conchasumadre”, aunque la traducción es inexacta, debido a que la gente del Clan de la Cachiporra Cristalina carece de gramáticos destacados. Otros clanes afirmaban que su madre era un ser marino, en la realidad, y ,sin mitos ni fantasías, pero el descrédito ha silenciado tales posturas. Un viejo estudioso de las culturas olvidadas ha señalado que una traducción más precisa, pero impronunciable sería: “Aquel que ha nacido de una madre que le ha protegido”, pero los bárbaros del clan prefieren la versión corta en la práctica.

Luego de la cumbia, el aeda se colgó la flauta al cuello y entre aplausos se puso a verificar cada moneda, una por una, ante lo cual, un niño melenudo le refirió: “Los que cuentan mucho, son algo imbéciles”. Lo que no sabía este pequeño salvaje, era que los Abnir del norte tienen dos posturas morales muy definidas, representadas por dos religiones muy claramente delimitadas.

Estaban aquellos que creían firme y unánimemente en la compasión. Esta fe estaba representada por el Dios Conejo, que estaba Aliado al culto del Cordero Libertino. La otra religión era la del color Verde, y establecía que no había que tener compasión de nada. El viejo poeta tenía una tela verde cubriendo su espalda y no dudó en encargarse del asunto, puesto que los refranes del sur, no eran bien recibido por los norteños.

En la región del este, que se aproxima a las montañas, los Abnir han difundido con extremo afán el uso de una lengua unificada y representada materialmente en tiras de nudos con polisemias infinitesimales. Desde que sus poetas logran ser grandes matemáticos, luego las cosechas, en lo general, suelen ser variadas y justamente repartidas, siguiendo un riguroso calendario astronómico.

Sin saber las consecuencias, han asesinado al único cocinero experto de la aldea, el mismo día de la boda y el festín. La unión, puntualmente, no es importante en sí misma, sino por lo que representa. Al margen de los protagonistas, se unen dos clanes muy poderosos tradicionalmente enfrentados. El pueblo de la Estrella se ha enfrentado al pueblo de la Estrella durante años, por una ridícula supremacía sobre el nombre exclusivo del clan, y no se ha logrado resolver el asunto en décadas, hasta el día de la boda, en que no tenemos cocinero.

Como alguien lo tiene que hacer, apuntan dedos, delegan responsabilidades y es de este modo que Yargh, el “Conchasumadre” debe hacerlo, sin embargo, desde que él no es un seguidor complaciente del Dios Conejo, se niega y la tarea recae infelizmente sobre Chicharron. Aunque es un gran pastor de jaguares, Chicharron no sabe realmente más que de comida para mascotas, por lo que acepta temeroso, pero de muy buena gana.

Frente al horizonte de lo sucedido, surge una importante disputa, antes de llegar al fin. Hay un rey de un dominio lejano, y dice no venerar a ningún dios más que a la mujer. El sujeto señala que el cocinero inexperto puede resultar caro y que el “Conchasumadre” debería hacerse responsable para evitar problemas, en la línea de un bienestar general. Pero Yaargh es un verde, y carece de compasión por el asunto, por lo que reta al lejano rey a una disputa de armas.

Desde que es ilegal rehusarse, uno de los dos muere en combate, y el otro, muere intoxicado luego del festín, debido a que Chicharrón no tiene idea alguna de qué frutos son venenosos y cuáles no.

Antes de la tragedia, que desencadenó una gran guerra entre los clanes, arrastrando a otros, una de las doncellas, mientras fumaba de su pipa y bebía un licor sagrado atestiguó haber visto a Chicharrón contando individualmente las hortalizas rojas de flores negras, frente a lo cual un renombrado guerrero rezó un dicho sureño, que desanimó al cocinero casual de medirse en la receta y así, hubo cuarenta y siete personas intoxicadas que padecieron de historias muy cortas. Podemos incluir la del cocinero, que no duró mucho más que las demás.